



## Capítulo 68



# ARGUEDAS:

LA DINÁMICA DE LOS ENCUENTROS CULTURALES

TOMO III

*Arguedas: la dinámica de los encuentros culturales*. Tomo III  
Cecilia Esparza, Miguel Giusti, Gabriela Núñez,  
Carmen María Pinilla, Gonzalo Portocarrero, Cecilia Rivera,  
Eileen Rizo-Patrón, Carla Sagástegui, editores

© Cecilia Esparza, Miguel Giusti, Gabriela Núñez,  
Carmen María Pinilla, Gonzalo Portocarrero, Cecilia Rivera,  
Eileen Rizo-Patrón, Carla Sagástegui, editores, 2013

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2013

Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Concepto gráfico: Lala Rebaza

Diseño de interiores: Mónica Ávila Paulette

Carátula en base al afiche *Arguedas: la dinámica de los encuentros culturales*

Cuidado de la edición, diseño de cubierta y diagramación de interiores:

Fondo Editorial PUCP

Primera edición: junio de 2013

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,  
sin permiso expreso de los editores

ISBN: 978-612-4146-39-8

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2013-07738

Registro de Proyecto Editorial: 31501361300396

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

«Un sexo desconocido confunde a esos».  
Masculinidades y conflicto social  
en *El zorro de arriba y el zorro de abajo* \*

CÉSAR ADRIÁN ROMERO FERNÁNDEZ  
Pontificia Universidad Católica del Perú



En el «¿Último diario?» de *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, Arguedas anuncia su decisión de suicidarse, dejando inconclusa la novela. Una de las escenas que, muy a su pesar, no podrá continuar escribiendo es el asesinato de Maxwell: «No podré relatar [...] la muerte de Maxwell, degollación, cuya vida no tolera el “Mudo” en quien Chaucato ha enardecido el veneno, aleteándole con brazos de cocho embravecido en su última hora» (1990, p. 244). Este párrafo contiene, en sus breves frases, el germen de una explosión que hubiera virado en un sentido, a primera vista inesperado, la trama del relato sobre Chimbote. En este episodio trunco hubiéramos presenciado la muerte de uno de los personajes más atractivos de la novela, quizá el más parecido al narrador de los diarios que acompañan el relato de Chimbote.

---

\* El presente ensayo constituye un resumen de la tesis de Licenciatura que, con el mismo título, se sustentó y aprobó el 3 de marzo de 2010. Como aquel texto el presente está dedicado a mis padres, así como a toda mi familia, en especial a nuestra querida Irene Fernández. Asimismo, agradezco la muy valiosa asesoría de la doctora Cecilia Esparza.

A partir del análisis de los tres participantes en esta escena, pretendo demostrar que, en *El zorro de arriba y el zorro de abajo* (en adelante, *Los zorros*), Arguedas propone un modelo positivo de masculinidad, una forma de ser hombre que llamo *alternativa*, la cual se encarna en Maxwell, y que el narrador de los diarios intenta ejercer. Es un modo de ser hombre diferente y subversivo ante la masculinidad hegemónica que impera en Chimbote, que el narrador de los diarios pretende alcanzar en su batalla por evitar el suicidio y representar la realidad cambiante de nuestro país. De esta forma, la construcción de las identidades de género se coloca en un lugar protagónico como espacio de lucha y representación en la última novela de Arguedas.

### Ser hombre en Chimbote

En primer lugar, es preciso definir el concepto *masculinidad hegemónica* (en adelante, M.H.): el conjunto de normas no escritas, aunque reiteradas en el habla y ritos sociales que dan forma a la personalidad de los varones, otorgándoles una identidad como individuos y miembros de un grupo social. Este proceso se basa en las diferencias construidas en contraste con las mujeres, los homosexuales y todo aquel individuo que se aleje de la manera supuestamente «normal» y «correcta» de ser hombre, aquella que es respaldada por las instituciones, ideología y grupos de poder dominantes en cada grupo social. Esta construcción, señala Raewyn Connell, legitima el patriarcado (1997, p. 39). Asimismo, como comenta Norma Fuller, se trata de un modelo que «plantea la paradoja por la cual quien nace con órganos sexuales masculinos debe someterse a cierta ortopedia, a un proceso de *hacerse hombre*. Ser hombre es algo que se debe lograr, conquistar y merecer» (2001, p. 24).

Este concepto adquiere una materialidad y una representación especiales en el Chimbote que Arguedas noveliza: se constituye como una herramienta de sujeción y subordinación de los pescadores, favorable a los intereses de los empresarios productores de la harina de pescado y su mafia. El mundo chimbotano se presenta como un hervidero de gente sujeta a un sistema productivo y comercial, que la convierte en dependiente de, y subordinada a, una autoridad que tiene dos referencias notables: Braschi y la mafia. A su vez, la sujeción y la subordinación son las garantías para que el sistema productivo y comercial funcione de acuerdo a los intereses de dicha autoridad. Por ello, esta última deberá desplegar las estrategias necesarias para su funcionamiento. La estrategia por excelencia será el establecimiento de una disciplina de los cuerpos, como la que refiere Michel Foucault. En ella,

las valoraciones y ritos de la M.H. se convierten en herramientas refinadas para «enderezar conductas» y lograr el «buen encauzamiento» (1990, p. 175) de los pescadores y obreros de las fábricas de harina de pescado.

Se trata de controlar las conductas de los sujetos y dirigirlos hacia los espacios donde este control es especialmente productivo: el puerto y el burdel. Dichos lugares de reunión, entonces, tienen dos funciones principales. La primera es la económico-comercial: en el puerto la mafia controla la extracción de pescado y determina los precios por pagar a los pescadores, generalmente, subvaluados; en el burdel, el dinero que ganan los pescadores en el puerto regresa a las arcas de la mafia. La segunda es la disciplinaria: asegurar este circuito comercial a través de la construcción de sujetos que se constituyan como sus dedicados obreros y clientes. En este proceso, la disciplina «fabrica» individuos que siguen los mandatos del poder a voluntad, sin sufrir una violenta coerción, ya que son órdenes que deben cumplir para ser verdaderamente hombres.

La asunción de la identidad masculina regida por la M.H. implica intrínsecamente un constante y conflictivo contacto entre hombres, en el cual se mide, se jerarquiza, se *reifica* innumerables veces esta identidad, puesto que, en estas coordenadas culturales, un hombre lo es en la medida que sea aceptado por otros hombres o los someta. De esta forma, los propios sujetos fabricados por la disciplina son sus más fieles operadores, constituyéndose, a la vez, «como objetos y como instrumentos de su ejercicio» (1990, p. 175). Así, la autoridad que Braschi y la mafia ostentan se erige al haberse colocado en las «bisagras» de una construcción del género ya en funcionamiento, al situarse en las posiciones estratégicas para hacer uso de ella y propiciar que sus efectos favorezcan sus propios intereses.

La disciplina de los cuerpos se realizará a través de tres «medios de buen encauzamiento», como los llama Foucault: el discurso de los operadores de la mafia, los ritos en el prostíbulo y el rumor. Uno de los principales operadores de la mafia —uno de sus fundadores— es Chaucato, patrón de bolichera profundamente autoritario y ruidosamente mandón. En sus diálogos con el Mudo, pescador subalterno de su lancha, reprocha a este su homosexualidad, su poca competencia en las labores de la pesca y su nula pericia con el cuchillo. Esta última torpeza se manifestó en un ataque que el Mudo intentó realizar contra Maxwell en una de las casas de citas ubicadas junto al puerto. Chaucato vincula las tres recriminaciones que realiza contra su ayudante: el pobre manejo del arma blanca del Mudo y su torpeza en el trabajo se deben a su homosexualidad: «Putamadre Mudo:

aquí se trabaja en cosas di' hombre. El hombre se diferencia por el pincho, ¿no? Tú has nacido con pincho, oye Mudo, aunque sea pa' tu joder. Cuando el hombre agarra el cuchillo nu' es pa' recibir lapos en el suelo» (Arguedas, 1990, p. 25).

Según Chaucato, la homosexualidad es un defecto que puede revertirse a través del trabajo de la pesca: si al Mudo se le puede «parar en la mar», si recupera su «pincho», volverá a ser un verdadero hombre y, luego, cuando se enfrente a alguien, se comportará como tal. Cabe resaltar que la manera de pensar de Chaucato es expresada con violencia y agresividad, con una absoluta autoridad sobre su interlocutor. Se ocupa, repetidamente, de recordarle su apodo y también su apellido: Chueca. A través de sus palabras e insultos, Chaucato enumera y resalta las características que ve en el Mudo y le construye una identidad. No es irrelevante que sus insultos sean especialmente llamativos, con giros inesperados y dichos en voz muy alta, apelando al humor popular. Todo ello tiene un objetivo: que los demás pescadores los oigan con placer y los celebren, que comulguen con esta forma de humor que incide en la humillación del diferente como espacio de reconocimiento entre quienes se consideran integrados dentro de la M.H.

Dos conceptos usados por Fuller para explicar «el proceso por el cual los discursos y representaciones de género moldean y forman los cuerpos de manera definitiva, no abierta al cambio voluntario» (2001, p. 58) son útiles en este punto: la abyección y el repudio. Repudio es «el rechazo compulsivo de un espectro de significados que se define como lo que no debe ser, es decir, el tabú, la frontera que marca el umbral a partir del cual un varón pierde su condición de tal: lo *abyecto*». Lo abyecto, en el fragmento analizado, es lo femenino, depositado violentamente en la figura del Mudo. De esta manera, se delimita y construye los límites de la M.H. a través del rechazo de cualidades asociadas con lo femenino, como la delicadeza. Al mismo tiempo, como un mecanismo complementario, se califica de femeninas a ciertas actividades ajenas al dominio de los varones. A pesar de este repudio, lo abyecto no es expulsado del espacio varonil. Al contrario, se lo nombra constantemente, se atribuye a los otros, con el objetivo de distanciarse de ello. Incluso, lo abyecto, dice Fuller, «forma parte del sujeto en la medida en que, precisamente porque los sujetos identifican ciertos contenidos como lo imposible, como aquello inaceptable [...] ellos pueden percibir sus límites, aquello que sí son» (p. 58).

En el fragmento citado anteriormente, Chaucato expone los principales signos de hombría que postula la M.H. En primer lugar, la diferenciación de los géneros

a partir de la marca física, la presencia del pene en los hombres y su ausencia, su «falta», en las mujeres. En segundo lugar, la necesidad de utilizar el pene, en otras palabras, de demostrar que se lo posee, a través de las relaciones sexuales heterosexuales. En tercer lugar, la asociación de este uso con aquellas características que hacen valioso al ser humano; en este caso, con la capacidad de trabajar eficientemente y el uso de la violencia. Finalmente, el desprecio hacia el homosexual, al considerarlo un ser defectuoso, un hombre incompleto y un objeto pasivo de violencia. Considerando estos lineamientos, el exceso y reiteración de los insultos que realiza Chaucato son parte de una autoafirmación. A través del uso de su palabra, insiste en la propia recordación y aparenta ante sus compañeros un conocimiento, manejo y aceptación de los mandatos anteriormente señalados. Efectivamente, él es, ante los demás, el prototipo del «macho», el principal representante de la M.H. Así lo demuestra cumpliendo con los ritos básicos de una enorme extracción de pescado en el puerto, así como con una asistencia frecuente y llamativa al prostíbulo.

Por otro lado, las consecuencias políticas de esta disciplina son sumamente relevantes. En su diálogo con el zorro don Diego —disfrazado de un mensajero de la mafia—, don Ángel Rincón, director de la compañía Nautilus Fishing, una de las empresas aliadas a Braschi, expresa dos problemas para la ansiada sujeción: la diversidad cultural de los migrantes que llegan a Chimbote buscando trabajo y progreso, y los límites del sistema productivo que los atrae. Para luchar contra estas amenazas se emplea el rumor. Un elemento que favorece este control es la pérdida del quechua por los migrantes de los Andes cercanos a Chimbote, ya que así están expuestos a los oídos de los operadores de la mafia, quienes se encargarán de develar secretos, descubrir e infiltrarse en las asociaciones de sindicalistas. Además, instalados en las labores cotidianas y las fiestas en el burdel, evitarán que se extravíe la conducta de los pescadores, lo que asegura el funcionamiento del sistema económico establecido.

Para lograrlo, la mafia empleará la degradación, en la cual reside el castigo, puesto que incide en un ingrediente específico de la M.H.: la mutua competencia entre los varones, la comparación constante, la clasificación en un nivel vergonzante o prestigioso. Esta clasificación, como la que realiza Chaucato, la efectúan todos, en el discurso o el asentimiento, y se ejerce y difunde gracias al rumor. La mira de esta clasificación es la individualización radical de todos los sujetos, con la necesaria desmembración de sus identidades grupales, ya sean sindicales (de clase), regionales (de origen), o étnicas (por ejemplo, lingüísticas).

En resumen, la disciplina instalada en Chimbote exige a sus sujetos competencia para el sistema productivo de la mafia y el simbólico de la M.H. Se puede resumir los mandatos de la siguiente manera<sup>1</sup>:

- promiscuidad y falta de afectos en sus relaciones con las mujeres
- preferencia de la violencia sobre el diálogo para resolver conflictos
- constante comparación y jerarquización desde la perspectiva de la M.H. y las posiciones de autoridad de la mafia
- concepción de sí mismos como subordinados a un sistema económico y político que rebasa su comprensión
- derroche, desprecio por el ahorro y la inversión en negocios independientes
- aceptación de los límites de su mente para acceder a actividades políticas, empresariales o fundar negocios independientes o alternos
- rechazo a la asociación con los pescadores u obreros que tenga un fin reivindicativo en contra de los abusos de la mafia (en la forma de los sindicatos, por ejemplo)
- finalmente, desprecio por los orígenes andinos y, luego, por la identificación regional o étnica.

### Los motivos de Chaucato

Aunque se trata de un férreo defensor de la M.H., Chaucato ha de pasar por una serie de cambios que removerán los cimientos de su identidad masculina. Ello lo llevará a tomar decisiones y actitudes contestatarias ante los mandatos de la disciplina de la mafia. Sin embargo, como veremos, su intervención en el asesinato de Maxwell demuestra que aún se encuentra en las redes de dicho orden normativo. La mafia ha limitado a Chaucato a manejar una lancha de cien toneladas, lo cual reduce significativamente su margen de ganancia. Consecuentemente, su cuerpo también queda degradado, es ahora un cuerpo en decadencia, como consecuencia de la madurez y su decisión de casarse.

Al establecerse con su nueva familia, se ha distanciado de los integrantes de la mafia y se ha acercado a los líderes sindicales que luchan para los intereses

---

<sup>1</sup> Para un desarrollo detallado de cada requisito invito a la lectura de la primera parte de la tesis original.

de los obreros y pescadores. Incluso, en el segundo capítulo, lo vemos conversando con estos últimos: «en el muelle de las fábricas de harina de pescado de La Caleta. Se citaron para tomar acuerdos» (Arguedas, 1990, p. 77). Se trata de un verdadero despertar político de Chaucato y la razón por la cual, según Mantequilla —uno de los operadores de la segunda etapa de la mafia, la «mafia chica»— ha sido colocado «en primera línea de la lista negra» de Braschi (1990, p. 183). ¿Por qué Chaucato ha tomado esta posición? Sucede que, a raíz de su contacto con el sentimiento del amor, Chaucato se ve enfrentado al reto de entrar en la etapa adulta, paso contemplado dentro de la M.H., pero que se contradice en diversos puntos con la disciplina que difunde y aprovecha la mafia. Este tránsito le provocará una fuerte inseguridad, pues removerá la conciencia de su propia subalternidad en el plano económico-social, con la cual Chaucato ha convivido bastante tiempo pero ha mantenido reprimida.

Al acceder a la etapa adulta, explica Fuller, aparece el temor a la emasculación que puede sufrir el varón al someter sus deseos a la voluntad de su esposa (2001, p. 124). En el caso de Chaucato, ello le trae una fuerte inseguridad, puesto que los requisitos de esta etapa colisionarán con los mandatos de la disciplina de la mafia y de la M.H., que son la base de su identidad masculina. Ello se evidencia en la sorpresa que le produjo el amor, cuando conoció a quien sería su esposa: «¡Pucha! Le tengo miedo a ella. No me le puedo declarar. ¡Tanta puta! me pesa como plomo en la lengua cuando a ella quiero hablarle. ¿Cómo mierda le hablo?» (Arguedas, 1990, p. 28). Chaucato siente cómo, en el silencio de sus pensamientos más íntimos, se desfigura su orgullo de macho-súper productor y fiel parroquiano de los burdeles. Por primera vez duda de sus propios valores y se queda sin palabras. Esta imagen es metafóricamente muy sugerente, pues asemeja a Chaucato con su antítesis, el Mudo, lo que expresa el terrible miedo que le genera la posibilidad de afeminarse por acción del amor y del matrimonio.

Por su parte, Mantequilla, en un ejemplar despliegue del sistema de vigilancia constituido por el rumor, dice que Braschi perjudicará a Chaucato debido a su supuesta participación en la impresión de volantes en su contra, en confabulación con los dirigentes sindicales. Dichos castigos consistirían en arrebatarle su lancha y su casa (1990, p. 184). Se trata de un cuestionamiento a la seguridad económica de su nuevo hogar. Sucede que la supremacía de la mafia se defiende, precisamente, al propiciar que los hombres se comporten permanentemente como si transitaran por el estadio heterosexual juvenil del desarrollo de la masculinidad. Por ende,

si alguien tan encumbrado en este sistema, como Chaucato, decide alejarse de él, la humillación y desprestigio del sujeto en cuestión es necesaria, puesto que debe quedar bien claro a ojos de los demás pescadores quién es realmente hombre en Chimbote, qué tipo de comportamiento es el normal y adecuado para un varón.

Chaucato reconoce progresivamente la subordinación en la que se encuentra con respecto a Braschi. De hecho, ya lo manifiesta ante los otros pescadores, a los que humilla con su discurso: «Las huevas del Chaucato como billetes de Chaucato engordan las cantinas y las putas de la “Rosada”, con alegría de mi parte. Braschi se lleva mi trabajo» (p. 28). Luego de casarse, intuye que su propia manera de entender al mundo está atravesada totalmente por el lenguaje de la M.H. —y por ende, por el aprovechamiento de Braschi—, ese que él mismo ha usado durante muchos años: «Apaga esa porquería —le dijo Chaucato, señalando el televisor. La “patrona” está con los mellizos [...] “Patrona” dicen a sus hembras-señoras los Braschis, ¿no?» (p. 185).

Chaucato se encuentra atrapado en este modelo de ser hombre, puesto que toda su vida se ha dedicado a la pesca y, en su madurez, le es difícil buscar otro medio de supervivencia. Aún más, su autoestima personal y su autoconcepción están en crisis pero no han cambiado totalmente, pues todavía necesita ser reconocido y respetado por sus pares pescadores. De hecho, en su respuesta a Mantequilla, exige que se le respete usando las categorías de la M.H. Asimismo, si anhela un cambio en su vida, espera que se dé dentro de las fronteras de este sistema cultural. De igual modo, ansía recuperar su rango dentro de la mafia y lo exige apelando al papel principal que ha jugado en ella históricamente.

En este contexto, la conciencia de su subalternidad hizo que Chaucato participe en las reivindicaciones de clase, pero algo lo ha detenido: «Mi cabeza, el pensamiento que se dice había sido una cosa, las huevas y el corazón son otra cosa» (p. 186). La figura de Braschi como poseedor de la inteligencia para los negocios es asociada por Chaucato con las facultades de la mente, consideradas superiores. Para invertir esta relación, Chaucato se dice poseedor de una enorme fortaleza física y una férrea voluntad de lucha que revelan que su cuerpo y sus sentimientos pueden superar a la potencia mental de Braschi. Así, Chaucato dice que aquel impulso de apoyar a los sindicalistas ha nacido en el terreno del pensamiento, desde el cual ha podido vislumbrar la manera en que Braschi se aprovecha de los pescadores y obreros. Pero «las huevas», alusión a la fuerza corporal, y «el corazón», sinécdoque de los sentimientos, funcionan de otra manera.

Con estas asociaciones, Chaucato logra invertir imaginariamente la jerarquía insertada en la concepción del cuerpo masculino, en una estrategia aludida por Fuller (2001, p. 60). En este sentido, las amenazas que emite en contra de Braschi se basan en su fortaleza corporal y su férrea voluntad para defender lo que es suyo: «Él sabe que si me quiere quitar la lancha yo le meto dinamita a él y a todos» (Arguedas, 1990, p. 186). Notemos el paralelo con la amenaza que Chaucato emite contra el Mudo en el diálogo en la lancha: «Aquí se te va a parar en el mar o te voy hacer meter una manguera hasta las agallas» (1990, p. 25).

A través de la insistencia en la penetración, con la consecuente feminización del otro (Fuller, 2001, p. 110), Chaucato reivindica para sí la posición del penetrante, acentuando su virilidad. Mientras la penetración de Chaucato sobre el Mudo tenía como contexto su deseo de «hacerlo» un hombre, de ejercer el rol de mentor que alguna vez ejerció con respecto a Braschi, en cambio, la penetración que, metafóricamente, realiza sobre Braschi encierra su pretensión de feminizarlo, subordinarlo simbólicamente. No obstante, cualquier acto de violencia de Chaucato contra Braschi, por más amenazas que el primero emita, será imposible de realizar, pues el jefe de la mafia es inalcanzable. Braschi es identificado con el homosexual, la raza blanca y, a su vez, con los negocios y el manejo del capital, cuyas reglas escapan al entendimiento de Chaucato. Asimismo, el reproche se enfoca en su olvido de quienes lo ayudaron en sus inicios y de cómo se formó como varón, y, por extensión, de quién es —o debería ser—, según Chaucato. Asimismo, la condición de «blanquiñoso» de Braschi permitirá que Chaucato lo asemeje a Maxwell. Este último, además del color de la piel, comparte con Braschi la exterioridad con respecto a los mandatos de la M.H., pues no sigue sus ritos comunes en el prostíbulo, es monógamo, no trabaja en el puerto ni en las fábricas y tiene un negocio propio en el cual invierte sus ahorros con éxito.

En realidad, Chaucato ignora si Maxwell, como le correspondería por su origen y su raza, es aliado de Braschi o si acaso se comprende mejor con un opositor de la mafia, el sacerdote con ideas revolucionarias, Cardozo. Justamente esa ambigüedad, bajo la mirada de Chaucato, lo asemeja aún más a Braschi, pues ambos desestabilizan el orden impuesto por la M.H., al convertirse en la señal de que existe un mundo exterior a los mandatos de la mafia, en el cual Braschi se desenvuelve con intrépida ambición, pero al que los pescadores y los obreros no acceden por estar sujetos a la disciplina del puerto. Tal como Chaucato no puede identificarse con Braschi por la radical diferencia que establecen entre ellos sus distintas posiciones

en la mafia y las diferencias que tienen al ejecutar los ritos de la M.H., los pescadores no pueden identificarse con Maxwell debido a su libertad y exterioridad frente a la disciplina que a ellos los sujeta, además de la frontera que el racismo establece, como apunta Gonzalo Portocarrero (2007, p. 281). En consecuencia, incitar el odio hacia Maxwell y provocar su asesinato será, para Chaucato, una manera de colocarse por encima de un «gringo», de un «blanquiñoso», de sentirse superior a esa categoría en la que Braschi se ha instalado. Se trata de una venganza hacia un grupo social superior en la jerarquía económica aplicada a través de un hombre que puede ser asociado a dicho grupo.

De esta forma, redirige su odio contra aquellos en quienes encuentra similitudes con Braschi, pero que, al contrario de este, no cuentan con protección ante su fortaleza y su voluntad. Así, las amenazas de Chaucato contra el líder de la mafia culminan siendo una infértil rebelión contra esta. En términos de Butler, se trata de una resistencia que «se resguarda limitándose al plano de lo imaginario y de ese modo se niega a entrar en la estructura misma de lo simbólico». Así, protege lo simbólico, al relegar su resistencia «al dominio menos eficaz y menos resistente de lo imaginario» (2002, p. 161).

## La masculinidad alternativa

### *El Mudo: cuerpo del condenado*

Para entender plenamente la naturaleza de la violencia puesta en escena en el asesinato de Maxwell, analicemos el «veneno» que, atizado por Chaucato, se incrementa en el Mudo y que, al avanzar de manera incontrolable, lo lleva a asesinar a Maxwell. Su actuación está determinada por la acción de la pulsión de muerte, tal como la define Jorge Bruce:

[E]s lo que hace que los seres vivos tiendan hacia un estado sin vida. No puede manifestarse sola; su trabajo se reconoce, en particular, a partir de la compulsión a la repetición, cuando se independiza de Eros. Orientadas inicialmente hacia el interior y tendientes a la autodestrucción, las pulsiones de muerte se dirigen secundariamente hacia el exterior, manifestándose, entonces, bajo la forma de pulsión de agresión o de destrucción (2007, pp. 132-133)

En primer lugar, su asistencia frecuente e infructuosa al burdel y al puerto, donde se somete a repetidas humillaciones, así como los reiterados intentos de asesinato contra Maxwell, son series signadas por el fracaso, propias de una compulsión

a la repetición. En segundo lugar, siente un apego indudable por sus compañeros de la mafia, en especial por Chaucato; pero este afecto se basa en el castigo, la humillación y la ausencia del diálogo. Es decir, sus relaciones se establecen en contraposición a Eros, con independencia de este. Finalmente, realiza una reorientación del odio contra sí mismo, del interior al exterior, concretamente, hacia la figura de Maxwell.

La pulsión de muerte actúa en el Mudo en el marco de la construcción de su identidad sexual. Grant Farquharson explica, basándose en la teoría del desarrollo del ego de Habermas, que existen tres etapas en la construcción de la identidad del sujeto homosexual (1990, p. 26). Nos interesa, para analizar al Mudo, la etapa socio-céntrica, caracterizada por la conciencia de «las normas y expectativas sociales», las cuales, frecuentemente, son negativas con respecto a la homosexualidad (p. 27). En un complejo proceso de no-identificación, el homosexual puede adoptar una «máscara», como categoría cognitiva, que le sirva como defensa: toma las categorías existentes en su sociedad, con toda la violencia que entrañan, y las modifica para poder adoptarlas. Así, en algunos casos, puede pasar a presentarse frente a los demás como un «súper-feminizado» o un «súper-macho» (p. 33).

Luego de la etapa socio-céntrica, el sujeto tiene la posibilidad de avanzar a una cuarta etapa, la «universalista», en la que es «fiel a sus verdaderos deseos íntimos, a la identidad de que ellos reflejan y a las expresiones que ellos requieren», al tiempo que «experimenta no solamente un nuevo nivel de libertad y responsabilidad, sino un aumento de la soledad» (p. 39). El Mudo se encuentra estancado en una etapa socio-céntrica, lo que no le permite poder avanzar hacia una aceptación de sus propios deseos. Si el Mudo cuestionara las normas de la M.H., su máscara se desvanecería y estaría indefenso frente al rechazo de los demás. Ello podría encaminarlo hacia una vida en libertad y autonomía, pero el Mudo elige no asumir ese reto. Por eso, al momento de redirigir el odio por sí mismo y acatar la orden de asesinar a Maxwell, no solo sigue los ritos y mandatos de la M.H., sino que, al mismo tiempo, busca eliminar a aquel sujeto que la cuestiona. Paradójicamente, el Mudo termina defendiendo y reforzando el orden simbólico que lo humilla y categoriza como abyecto. En sus resultados, el asesinato cometido por el Mudo es similar a la rebelión frustrada que realizó Chaucato, pues ambos culminan en la consolidación de su subordinación.

Un episodio en el que las «citas a la ley» (Butler, 2002, p. 163) de la M.H. se reproducen de forma paradigmática es la *performance* artificial que realiza el Mudo,

preparada y simulada en confabulación con una de las prostitutas: la Muda, su madre (Arguedas, 1990, pp. 33-34). En la *performance* del Mudo, las identidades masculinas se muestran en toda su falta, como correspondientes «a la esfera imaginaria», en la que siempre serán puestas a prueba y sancionadas desde las alturas de la ley simbólica (Butler, 2002, p. 157). La entrega del dinero introduce un elemento más en la interpretación de esta grotesca estampa. El pago que la Muda alcanza a su hijo se vincula con el intento de asesinato en contra de Maxwell que había llevado a cabo previamente. De hecho, el Mudo ha recibido la orden de matarlo a través del rumor, el cual se actualiza en la explicación que da él mismo acerca de su intento: «Me dijeron, porque yo era mierda. Desde ahora ya no seré mierda. Chaucato. Tú sabes [...]» (Arguedas, 1990, p. 30). Es una orden que no tuvo que provenir de Braschi directamente o de una cúpula de jefes. Pudo surgir al interior de la mafia. Es una sociedad que vigila y castiga al Mudo desde distintos puntos y de numerosas, sutiles formas distintas, y que ha identificado a Maxwell como un enemigo.

### *El baile de Maxwell*

En contraste con la actuación del Mudo, el comportamiento de Maxwell expresa una masculinidad distinta a la hegemónica: una masculinidad alternativa y, por ello, subversiva. En principio, su oficio de ayudante de albañilería de Cecilio Ramírez lo distancia del puerto. Además, su carácter y comportamiento son opuestos a los del Mudo, lo cual queda de manifiesto en su aparición en el burdel. A diferencia de la negación, la humillación y la vigilancia a la que es sometido y se somete el Mudo en este espacio, Maxwell ejerce autoafirmación, alegría y libertad. Aunque los parroquianos no llegan a identificarse con él, sí ocurre que, como consecuencia de sus ágiles pasos, «todo el salón [...] quedó abstraído por los saltos rítmicos del gringo, por las figuras que su cuerpo ya convertido en verdadera candela, que no despertaba envidia ni lujuria, ni sorpresa sino pura atención, allí, en ese salón donde se habían dado tantos tajos sangrientos o se había lanzado cerveza al piso desde la boca de veinte o treinta botellas a la vez» (Arguedas, 1990, p. 196).

El narrador pone énfasis en que, precisamente en el espacio donde los ritos de la M.H. se despliegan con mayor intensidad, Maxwell los detiene y hechiza, eliminando por un momento la violencia, el comercio sexual y la jerarquización que ellos implican. Sus movimientos son sensuales e, incluso, atraen a las prostitutas, quienes dejan de comportarse con respecto al deseo de sus clientes

y, más bien, se dejan llevar por su propio deseo. Incluso, la voz estentórea de Chaucato es ignorada por las prostitutas, así como los abrazos de los parroquianos. Las prostitutas, objetos de uso comercial de acuerdo con la M.H., se liberan de los condicionamientos que las obligan a servir a los pescadores. Subvierten así, aunque sea por un instante, las jerarquías que imponen la mafia y la M.H.

En un momento, Chaucato se acerca a hablar con el «gringo»: «bajó de su alta silla cargando a la “Flaca”, en una postura inverosímil. –Te la cambio —le dijo a Maxwell—. Dame la “China”. Ella estaba de pie junto al gringo» (1990, p. 32). En la disposición de los cuerpos podemos apreciar la relación de poder que Chaucato intenta establecer con los participantes del diálogo. «–No la cambies, Maxwelcito. Sería ser mierda —se oyó una voz disfrazada—» (p. 32). Esta voz podría ser la de cualquier parroquiano, como la que le avisó de la arremetida del Mudo para que pudiera esquivarlo o el silbido que acompañaba sus movimientos. Pero el adjetivo «disfrazada» nos remite a un personaje que apareció en el tercer capítulo: don Diego, aquel zorro disfrazado de una especie de *hippie* con rasgos animales que conversó con don Ángel Rincón.

De hecho, no es la primera vez que una voz de este tipo se dirige a Maxwell, pues ya lo había alcanzado en su paso por los Andes peruanos: «una noche, en ese silencio del altiplano que te permite oír la voz de las moléculas de las yerbas y de los planetas y, más, tu palpitación, no la del corazón, no, la de la vida entera y a través de ella del laberinto humano» (p. 218). Aquella voz lo conectó con la naturaleza y consigo mismo, con su propia vida y el mundo entero. Es más, lo comunica con la humanidad en toda su complejidad. Inclusive, corporeizada en un zorro disfrazado, lo anima a encontrar una pareja:

[U]na noche de esas, durante una fiesta en que bailamos y tomamos, me acosté con una joven de Paratía. Eso fue poco antes de venirme. Cada soltero tenía su pareja y yo me decidí a entrar en la danza. Un joven de rostro alargado, de rarísimos bigotes ralos, me animó. Me habló en su lengua, sonriendo, abriendo la boca tan exageradamente, que ese gesto le daba a su cara una expresión como de totalidad; le escuché, en la sangre y en la claridad de mi entendimiento (p. 218).

La voz que escucha Maxwell, así como su baile, son representaciones del Eros, tal como la definen Juan Vives y Ruth Axelrod: «una fuerza previa, actuante en cualquier pedazo de materia viva» (1998-1999, p. 363), una «tendencia hacia la unión, a la ligadura de elementos antes dispersos o disgregados [...] La reproducción sexual sería, entonces, un caso particular de esta tendencia del Eros» (p. 364).

Es una fuerza presente en todo el mundo orgánico, en la «vida entera», que incluye el deseo sexual. Arguedas plantea que esta fuerza no solo existe en los individuos particulares o entre los miembros de la misma especie, sino que liga al individuo con la totalidad del mundo, incluyendo toda la diversidad y complejidad de la experiencia humana. Con las cualidades mágicas y trascendentes que su cuerpo ha adquirido en el contacto con la cultura andina, Maxwell interviene los bailes en el prostíbulo invirtiendo sus valores y significados; así no excluye el placer sino que lo dota de libertad.

### *El «hombre del futuro»*

Ahora analicemos cómo este modelo de masculinidad alternativa dialoga con las confesiones de Arguedas en los diarios que se intercalan y comentan el relato ficcional. El motivo de la «desintegración» es central en estos diarios, en los cuales Arguedas expresa la falta de ese vínculo con la realidad, con los otros, que sufre como consecuencia de sus males psíquicos. Esta desintegración tiene un origen individual, pero pronto se enlaza con el conflicto social y cultural que, a ojos del autor, atraviesa el Perú. La acción de la pulsión de muerte que Arguedas experimenta de forma creciente se encuentra relacionada con su condición de huérfano.

No obstante, Arguedas decide luchar contra sus dificultades para escribir, contra el silencio en que parece sumirse su capacidad creadora, apelando a una revelación descarnada de su mundo interior. Así, a pesar de la creciente acción de la pulsión de muerte, aparece la reacción contraria y fecunda. Al escribir, Arguedas lucha contra la muerte, construyendo una propuesta de identidad masculina, la masculinidad alternativa que se encarna en el personaje de Maxwell y se completa con sus reflexiones en los diarios. Esta reacción es fruto de una pulsión erótica similar a la experimentada y transmitida por Maxwell, que lleva a Arguedas a un encuentro con los otros, a una identificación colectiva por la cual siente que su vida trasciende lo individual y, por ello, puede derrotar simbólicamente a la muerte. Arguedas intenta repetidamente llegar a ser este «hombre del futuro», pero sus afecciones psíquicas, como patentiza su suicidio, finalmente se lo impiden. No obstante, deja este ideal como un modelo que puede inspirar a los peruanos de las nuevas generaciones en la lucha por la defensa de la autenticidad cultural peruana y la dominación política que, desde su perspectiva, sufría el Perú.

Esta masculinidad alternativa incluye un desarrollo especial de la sexualidad. Como vimos, la pulsión erótica representada por la actuación de Maxwell incluye

el placer físico y el deseo sexual. En cuanto a la relación con las mujeres, el conflicto sexual en Arguedas es bastante complejo y denso, con dicotomías muy fuertes en las imágenes femeninas, como se ha señalado en distintos estudios (destacable el de Denegri & Silva Santisteban, 2004). El origen de este problema se puede rastrear en la representación que hace de su infancia. En los diarios, Arguedas narra su iniciación sexual, vivida con una muchacha forastera y embarazada. Este suceso está cargado de culpa y miedo. En este episodio se instala en el joven Arguedas la condena del placer que hace la religión católica, sumada al recuerdo angustiante de los abusos sexuales que cuando niño se lo obligaba a presenciar.

En una de aquellas experiencias, surgieron el temor y rechazo al sexo y al placer que se manifestarán de múltiples formas a lo largo de su vida. Dicho miedo lo vemos expresado en los diarios, en las referencias a las relaciones sexuales que tuvo con su segunda esposa, Sybila, las cuales son denominadas «veneno» (Arguedas, 1990, pp. 17 y 19). Es relevante para este estudio que la culpa y el temor por el contacto con la mujer-pareja sean nombrados de la misma manera que los motivos que llevan al Mudo a asesinar a Maxwell. La pulsión de muerte, entonces, se manifiesta en los diarios de Arguedas, impidiéndole entablar una relación amorosa plena, en la que el sexo sea un elemento integrador, tanto para los dos miembros de la pareja, como dentro de su propia subjetividad.

Asimismo, Arguedas vincula este problema con sus dificultades para escribir (1990, p. 18). El sexo con Sybila conlleva el acrecentamiento de los efectos de la pulsión de muerte y la merma de la capacidad creadora del autor. No obstante, por otras rutas, Arguedas busca la experiencia plena de la realidad en su aspecto más sensual e, incluso, primitivo. Lograrlo lo pone a salvo momentáneamente de los efectos de la pulsión de muerte, como cuando entra en contacto con la naturaleza al conocer el pino de Arequipa (p. 175), el cerdo de Obrajillo (p. 9) y el perro de su amigo Nelson Osorio (p. 177), y lo dota de la fuerza y habilidad necesaria para «transmitir a la palabra la materia de las cosas» (p. 7).

En las ciudades, Arguedas encuentra que este goce del cuerpo se ve dificultado por múltiples factores. Uno de ellos es la imposición de la M.H., como ocurre en Chimbote. Otro, la influencia del comercio en las representaciones de la cultura latinoamericana, como vemos en sus comentarios sobre la forma en que se representan los bailes típicos chilenos (p. 13): en lugar de rescatar la cultura propia, la desfiguran para ofrecer a su público internacional un producto accesible,

que deforma e invisibiliza las diferencias y particularidades de las culturas latinoamericanas, bajo la apariencia engañosa de «espectáculo agradable y nacional» (p. 13).

Lo opuesto a estas fallidas representaciones es el baile de Maxwell, los bailes de los zorros en distintos momentos de la novela, así como el baile de la profesora «gorda» y «fea» que conoció en una celebración en la Universidad de Valparaíso (p. 178). Son bailes auténticos, espontáneos, que remiten al autor a los bailes de los pueblos andinos y en los que el cuerpo encuentra liberación, se conecta con el mundo natural, y se llena de fuerza y vitalidad. El cuerpo es el escenario de la lucha en contra de la dominación cultural, en la que la sensualidad y el sexo son factores claves. De este modo, la masculinidad alternativa que Arguedas y Maxwell proponen es una fuerza creativa que puede representar la realidad latinoamericana y aportar en el diálogo cultural porque respeta la diferencia y la autenticidad cultural. Asimismo, se conjugan con una posición política determinada, como la asumida por el socialista Nelson Osorio, en quien Arguedas quisiera ver al «hombre del futuro» (p. 177), quien a pesar de su amplia formación, puede ser sencillo y sensible para aprehender la realidad en su complejidad, al punto que Arguedas lo ve cercano al mundo natural.

Pero la identificación con Maxwell conlleva también la conciencia del *forasterismo* que siente Arguedas, el cual complementa el motivo de la desintegración y se puede rastrear en el relato de su iniciación sexual, acerca de la cual el zorro de abajo comenta: «Un sexo desconocido confunde a esos. Las prostitutas carajean [...] Lo distanciaron más al susodicho [...] En su “zorra” aparece el miedo y la confianza también» (p. 23). El ingrediente de temor que se encuentra en convivencia ambigua con la confianza es síntoma de la separación, del *distanciamiento* en sus relaciones amorosas que, en aquel momento y en reiteradas ocasiones, experimentó Arguedas. Sin embargo, en ese mismo elemento, el sexo, late la *confianza*, la pulsión erótica que, en otras ocasiones, lo ha conectado consigo mismo y con la vida.

De este modo, en *Los zorros*, Arguedas no presenta el deseo sexual como un elemento totalmente negativo, como suele afirmarse. En el deseo late el germen de la liberación que intenta suprimir la mafia a través de los mandatos de la M.H. Pero ese fuego en «el corazón [...] de los que pueden hablar» (p. 23), como lo llaman los zorros, pervive y puede ser comunicado e inspirado por ciertos sujetos. Por ejemplo, los propios zorros humanizados o Maxwell, quienes transmiten en su actuación la riqueza de la cultura andina, así como la apuesta por el diálogo y la modificación de las relaciones sociales opresivas. En el relato el deseo puede

provocar que el sexo sea liberado de su utilización como herramienta de opresión, y de su práctica como forma de vejación y egoísmo. En los diarios el sexo también es un ingrediente de la pulsión de vida que permite la creación. Ambos anhelos se conjugan en la propuesta de una masculinidad alternativa.

Finalmente, la muerte de Maxwell y el suicidio de Arguedas pueden sugerir que la masculinidad alternativa cayó en el fracaso. Sin embargo, Maxwell tiene la capacidad de transmitir la pulsión erótica que lo libera. Lo hace a través del baile y, también, del trabajo. Así lo manifiesta su compañero en la ladrillera, don Cecilio Ramírez, en quien despierta un gran entusiasmo por sus negocios, lo cual permite que se independice y no dependa más de la ayuda del Cuerpo de Paz (p. 232). Don Cecilio, por su parte, actúa con una solidaridad que subvierte el orden establecido (pp. 226-227), pues descarta el derroche, el egoísmo y la jerarquización que fomentaba la mafia a través de la M.H. A manos del Mudo, la muerte de Maxwell parecía eliminar la posibilidad de esta subversión. No obstante, en una dimensión más amplia, el suicidio de Arguedas es presentado, en palabras de Ricardo González Vigil, como «una invocación-interpelación a los lectores» (2002, p. 888), un llamado a recoger su mensaje y aprovecharlo para continuar con su trabajo por la liberación del Perú, en una batalla que tome muy en cuenta la lucha por la liberación de las subjetividades.

Con la propuesta de la masculinidad alternativa, Arguedas enfatiza que las dinámicas de la construcción del género no son estáticas y que en su discusión se encuentra el germen de una superación de las contradicciones que mantienen la subordinación, tanto de quienes cumplen de forma eficiente con los ritos de la M.H., como de aquellos que, pese a no lograrlo, siguen creyendo en ellos y reforzándolos. Por eso, en las líneas finales del «¿Último diario?», se dirige a Maxwell como si fuera un lector vivo y actuante, aun cuando ya haya muerto en la ficción: «Tú, Maxwell, el más atingido, con tantos monstruos y alimañas dentro y fuera de ti, que tienes que aniquilar, transformar, llorar y quemar» (p. 246).

## Bibliografía<sup>2</sup>

- Arguedas, José María (1990). *El zorro de arriba y el zorro de abajo*. Edición crítica de Eve-Marie Fell. Madrid: ALLCA XXe Siècle.
- Bruce, Jorge (2007). *Nos habíamos choleado tanto. Psicoanálisis y racismo*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad de San Martín de Porres.
- Butler, Judith (2002). *Cuerpos que importan: sobre los límites materiales y discursivos del «sexo»*. Buenos Aires: Paidós.
- Connell, Raewyn (1997). La organización social de la masculinidad. En Teresa Valdés y José Olavaria (eds.), *Masculinidad/es. Poder y crisis* (pp. 31-48). Santiago de Chile: Isis Internacional-FLACSO.
- Denegri, Francesca & Silva Santisteban, Rocío (2004). Lo que ansío es ser amado con pureza»: sexo y horror en la obra de José María Arguedas. En Carmen María Pinilla (ed.), *Arguedas y el Perú de hoy* (pp. 307-324). Lima: SUR, Casa de Estudios del Socialismo.
- Farquharson, Grant (1990). *El problema de la homosexualidad: un estudio del concepto social como mecanismo de marginación*. Tesis de licenciatura. Lima: Facultad de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Foucault, Michel (1990). *Vigilar y castigar: el nacimiento de la prisión*. Madrid: Siglo XXI.
- Fuller, Norma (2001). *Masculinidades. Cambios y permanencias*. Lima: Fondo Editorial PUCP.
- González Vigil, Ricardo (2002). Cortázar y Fuentes en la última novela de Arguedas. En Eduardo Hopkins (ed.), *Homenaje. Luis Jaime Cisneros* (II, pp. 873-890). Lima: Fondo Editorial PUCP.
- Portocarrero, Gonzalo (2007). Las últimas reflexiones de José María Arguedas. En *Racismo y mestizaje y otros ensayos* (pp. 253-391). Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.
- Vives, Juan & Axelrod, Ruth (1998-1999). La muerte y la pulsión de muerte. Sus formas de inscripción en el psiquismo. *Revista de psicoanálisis. Editada por la Asociación Psicoanalítica Argentina*. Número especial internacional, (6), 349-389.

---

<sup>2</sup> Se consignan únicamente las fuentes citadas en este ensayo. Para un mayor detalle de las fuentes consultadas, se aconseja revisar la bibliografía de la tesis original, que puede encontrarse en la Biblioteca Central de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP), así como en su Repositorio Digital de Tesis.